Érase un hombre a una pajarita pegado...

María Jesús Saenz de Miera

Érase una vez, como empiezan todos los cuentos, un hombre que se llamaba Luis y que no sabía lo que era reír. Desde pequeño había sido muy tímido y apenas había tenido amigos. Luis era delgado, de frente despejada (esto quiere decir que estaba bastante calvo) y ojos negros, pero lo que llamaba más la atención era su boca. Sus dientes estaban torcidos y eran de color oscuro, porque había tenido problemas de calcio.

Sin embargo, a Luis le gustaban mucho los cuentos y los chistes, y tenía mucho sentido del humor, lo que pasa es que nadie lo sabía. Era tan tímido... Cuando oía por ahí un chiste o un cuento, Luis escuchaba muy bien para acordarse, y luego en casa se ponía delante del espejo y se lo contaba. Le gustaba mirar fijamente al espejo y contarse chistes, abriendo mucho la boca y poniendo todo tipo de caras: triste, alegre, enfadado, asustado, simpático, gordo, flaco... Practicaba gestos de mimo con tanto entusiasmo que a veces se olvidaba de ir a trabajar o de acostarse.

Un día Luis fue a ver una exposición de pintura, y pasó mucho tiempo observando no sólo los cuadros, sino a la gente que iba a verlos. Se fijó en el señor pedante que se sabe de memoria las biografías de los pintores, en el niño que quiere tocar el cuadro, en aquella señora tan simpática que se aleja y guiña un ojo para verlo mejor... y pensó que a él también le gustaría que la gente le mirase así, que no pasase tan desapercibido. De repente se le ocurrió que él también podía ser pintor. Podía hacerse un autorretrato y exponerlo para que la gente le viese. No iba a ser muy difícil, porque de tanto mirarse al espejo y estudiar sus gestos se los sabía casi de memoria. Sólo faltaba un detalle que llamara la atención, como por ejemplo un lazo. Cuando Luis llegó a casa, cogió un lienzo, pinceles, pinturas y un lazo grande de color amarillo, pero antes de pintar pensó dónde se pondría el lazo:

"En los pies no, porque no se va a ver; en las manos, tampoco, porque me estorbará para pintar; en la cabeza, tampoco, porque me tapará la frente despejada de intelectual; en el cuello... sí, en el cuello, pero quizás es un poco grande...".

Recortó el lazo hasta dejarlo de su gusto y se lo anudó en el cuello, como una pajarita. Después se miró al espejo y sonrió con una sonrisa muy amplia, y se puso a pintar la cara que veía en el espejo, que era la suya. Le quedó un cuadro muy bonito y muy alegre, en el que la pajarita llamaba mucho la atención y de cuya mirada era imposible escapar. Se enteró de cuándo era la próxima exposición y llevó el cuadro para que la gente lo viera.

Cuando la gente vio el cuadro le gustó mucho, y se reía con él, pero lo mejor fue cuan-

ACTAS XXXII (AEPE). María Jesús SAENZ DE MIERA. Érase un hombre a una pajarita pegado
Centro Virtual Cervantes

do Luis se puso delante del cuadro con su traje oscuro, su pajarita amarilla y su amplia sonrisa. La gente no salía de su asombro al ver el parecido:

— Mira, mamá, el hombre del cuadro.

— Qué hombre tan simpático, y qué lazo tan alegre.

— Este cuadro está muy bien pintado ¿Es suyo?

A partir de entonces Luis tuvo muchos amigos gracias al cuadro que había mostrado lo mejor de él, y comprendió que hay que conocerse uno mismo para que le conozcan los demás.

Un pie le dijo a otro pie
Hola, hola, cómo está Vd.?
Una mano le dijo a ota mano
Hola, hola cómo está tu hermano?
Una oreja le dijo a otra oreja
Mira cómo hago la vieja
La rodilla a la rodilla
Yo me voy para Sevilla
Y el pulgar al pulgar
esto se termina ya...
lale lale lele

Sostenidos

ACTAS XXXII (AEPE). María Jesús SAENZ DE MIERA. Érase un hombre a una pajarita pegado
Centro Virtual Cervantes